

Adolescencia y Cultura en la Argentina

Mario Margulis*

margulis@arnet.com.ar

Resumen

Si la adolescencia es un período de descubrimientos y de angustias, pero también de grandes preguntas, se podría afirmar que estas preguntas han hallado respuesta satisfactoria al superar la adolescencia e ingresar en otra etapa de la vida; o simplemente, si en la mayor parte de los casos, se han suprimido, olvidado o resignado. Al reducirse las angustias e inquietudes de la adolescencia y entrar en un período corporal y social más estable, las preguntas existenciales se olvidan. ¿No sería más certero postular que es frecuente en la sociedad actual que la adolescencia se reprima pero no se supere?

Palabras claves: *signos culturales – adolescencia- cuerpo*

Abstract

If adolescence is a discovering and anguishes period, but also of great questions, it is possible to say for sure that these questions have already found a satisfactory answer when adolescence is overcome and a new period of life begins; or that in most of the cases those questions have been removed, forgotten or resigned. When adolescence anguishes and inquietudes are decreased, and a stable corporal and social period is started, the “existential” questions are forgotten. Wouldn’t it be more accurate to postulate that in present society is often to repress adolescence instead of overcome it?

Keywords: *cultural signs – adolescence - body*

1. Adolescencia y cultura

"Adolescencia" es una categoría clasificatoria que refiere a las etapas que atraviesa la vida del hombre en sociedad. Tiene su base en características relacionadas con la edad cronológica, sobre todo en lo que se refiere al cambio y maduración corporal. Remite a elementos significantes que hablan del cuerpo, pero no solamente de cierta madurez del cuerpo, sino del ser humano en su respectivo marco social. Adolescencia es mutación, transformación, metamorfosis. Es desafío que proviene del propio cuerpo insubordinado, del crecimiento desordenado y sorprendente, de las nuevas sensaciones, deseos e impulsos emanados de una química inexorable.

Significa también cambios en la apariencia, en el reconocimiento cotidiano de sí mismo, en la presentación ante los demás. Es reemprender, día a día, el encuentro con el propio cuerpo, vivido como extraño. Es rehacer también los lazos con los otros y tratar de descifrar el nuevo y confuso lugar que depara el entorno familiar y social. Es apetito de identidad y, junto con ello, necesidad de vínculos con

* Lic. en Sociología, UBA, Profesor Consulto en la Facultad de Ciencias Sociales (UBA) a cargo de la Cátedra Sociología de la Cultura.

iguales, de encuentros cercanos con semejantes que comprendan las vivencias y compartan los lenguajes.

Pero hay muchos modos de experimentar la adolescencia: las formas en que se experimentan los años de crecimiento y madurez corporal están profundamente influidas y condicionadas por la cultura, la época, el género y la diferenciación social. Cada sociedad, cada época, cada sector social, construye las formas culturales e institucionales que inciden en esta etapa de la vida. No viven su adolescencia de igual manera varones o mujeres y la condición de clase es de fundamental importancia.

En cada momento histórico y en cada sector social, el hombre se desenvuelve en un marco, históricamente construido, de conceptos, significaciones, valores, costumbres y formas de comportamiento. La llegada a la adolescencia, y el transcurso de esta, también encuentra un mundo de símbolos, de prescripciones, de significados, que tienden a orientar los comportamientos y a adecuar y otorgar sentido a los modos de inserción en la vida social. El adolescente debe moverse -aun para rebelarse- en el marco de posibilidades materiales y técnicas, de obligaciones y derechos, de restricciones y expectativas, de tentaciones y peligros, que la sociedad ha pautado con respecto a esa etapa del curso vital.

La adolescencia fue siempre una etapa conflictiva, pero en otros tiempos y en otras sociedades se habían desarrollado formas culturales que atenuaban su impacto: por ejemplo en muchas sociedades estaban instituidos ritos de pasaje que marcaban los momentos de cambio en el ciclo de vida, y luego de atravesar las ceremonias de iniciación el joven o la muchacha ingresaban en espacios institucionales en los que podían desempeñar roles para los cuales habían adquirido la madurez necesaria. En las sociedades urbanas de hoy, pueden señalarse varios aspectos que tornan más contradictoria y penosa la etapa que llamamos adolescencia. Se ha afirmado que en forma creciente la madurez física ya no se corresponde, en la sociedad urbana contemporánea, con la madurez social: ello se manifiesta de modo distinto según los sectores sociales, pero en general se observa que se ha prolongado el proceso de aprendizaje y las exigencias en edad y experiencia para desempeñar roles adultos.

Durante el siglo XX, se aceleraron los procesos de cambio que fueron característica de la Modernidad. Transformaciones en el orden social, político y tecnológico se han ido potenciando e influyendo de modo creciente en los modos de vivir, de percibir y de relacionarse. Los cambios en la cultura han sido muy influyentes y se han tornado aun más notables, en las últimas décadas, por efectos de la llamada revolución informática: las extraordinarias transformaciones en el plano de la información y la comunicación. Esta mayor velocidad en los procesos de cambio incide en el distanciamiento de los adolescentes respecto de generaciones anteriores y en una creciente inadecuación de los roles y comportamientos incorporados en el medio familiar. Entre los aspectos derivados de estos cambios, que contienen un potencial conflictivo mayor, mencionaremos las transformaciones culturales operadas en el plano afectivo y sexual, por una parte, y por otra, los cambios en el plano de la organización del trabajo y en las formas de inserción laboral.

La sociedad actual valora el modelo adolescente. Lo proclama, a través de los medios, como el modelo preferido de cuerpo, como objeto supremo de deseo. Sin embargo, el adolescente adorado no es el real, el de carne y hueso, perteneciente a los integrantes de esa etapa vital que viven y sufren los azarosos procesos de transformación física, psíquica y social. Son los rasgos, los gestos y los símbolos de la adolescencia, los que se han convertido en mercancía y venden sus encantos. Pero al adolescente real nuestra sociedad no lo trata tan bien: debe abrirse camino entre instituciones en crisis, en condiciones de desorientación, de exclusión, de incomprensión, muchas veces en espacios en que enfrenta hostilidad y temor.

2. Crisis actual, clases sociales

Ante la crisis actual en nuestro país el adolescente encuentra condiciones cada vez menos hospitalarias. Desde luego hay que diferenciar entre sectores sociales y entre géneros. Las condiciones no son iguales y, para ejemplificar, son miles y miles los niños de sectores populares que llegan hoy a la adolescencia en nuestro país, en familias asoladas por el desempleo y sus consecuencias. Una gran cantidad de ellos no estudia ni trabaja, no encuentra siquiera cabida en las instituciones que tradicionalmente tenían la misión de darles instrucción, contención, identidad. Y en lo que atañe al género, entre las muchachas de sectores populares es muy elevado el número de embarazos a temprana edad. También la crisis incide de múltiples maneras en los adolescentes y jóvenes de los sectores medios. Una de los modos dramáticos de expresión de la crisis pasa por la pérdida de expectativas y de ilusión de futuro. Ya no se espera repetir o superar la performance de los padres: una fuerte sensación de descreimiento y de fracaso colectivo se combina con la joven conciencia de las propias fuerzas y capacidad de creación. Muchísimos adolescentes y jóvenes sueñan ahora con emigrar. Los nietos y bisnietos de los inmigrantes que vinieron a "hacer la América" desean e intentan abrirse camino hacia el viejo continente para ahora "hacer la Europa". Se conjuga así una historia de desarraigos reiterados, una identidad apenas asentada en un país nuevo se pone en crisis con este paisaje de exilio cíclico, para cuya implementación se intentan rescatar fragmentos de memorias del viejo terruño y olvidados parientes que servirán de referencia.

3. Clase, cuerpo, sexualidad

Hemos señalado que la diferenciación social incide de manera notoria en los modos en que se desarrolla la adolescencia. También mencionamos, entre los factores que contribuyen a tornarla más conflictiva, la aceleración de los procesos de cambio social y cultural y, entre ellos, las importantes transformaciones acaecidas en las décadas recientes en el plano de los códigos relativos a la sexualidad y la vida afectiva. A continuación ampliaremos este aspecto, señalando las grandes diferencias culturales, especificadas en torno a los aspectos mencionados, que se pueden apreciar en la metrópoli constituida por la ciudad de Buenos Aires y las poblaciones conurbanas, entre los que denominaremos a grandes rasgos "sectores medios" y "sectores populares".

El cuerpo es vivido y percibido en función de la cultura. Cada cultura construye históricamente sus formas de percibir y relacionarse con el cuerpo; posee un caudal simbólico referido al cuerpo que da cuenta de procesos históricos y sociales conflictivos. Los sectores medios y altos han incorporado la posibilidad de un mayor control del cuerpo, de usar tecnologías referidas al cuerpo el que se orienta, de modo creciente, hacia la presentación de la persona ante la sociedad. El cuerpo se distancia: es vivido como maleable, procesable y sobre él se puede actuar por medio de la medicina para la preservación de la salud, o bien tratando de adecuarlo a los modelos estéticos en boga, para lo cual florecen ámbitos de la economía vinculados con la dieta, la cirugía, la cosmética, o la gimnasia y los deportes.

Los condicionamientos culturales que operan sobre el cuerpo pueden ser pensados desde diferentes niveles. Uno de ellos tiene que ver con *el cuerpo como identificador*, como representante de la persona, como emisor de mensajes que pueden articularse, más o menos voluntariamente, tomando en cuenta el apetito de distinción. Otro nivel tiene que ver con la forma en que los distintos sectores sociales actúan sobre *el cuerpo como soporte material de la vida*: aquí intervienen las costumbres, los conocimientos, los códigos alimenticios, la forma de relacionarse con los problemas de salud y con los aportes de la medicina. Es sabido que el uso errático y poco eficiente de los métodos anticonceptivos en los sectores populares redundaba en un número promedio mucho mayor de nacimientos respecto de

otros sectores sociales. También incide en aspectos ligados con la salud reproductiva, tales como la alta incidencia de embarazos, partos y abortos entre adolescentes.

Nuestras hipótesis se orientan a relacionar las actitudes y las prácticas referentes a la sexualidad y a la anticoncepción con los códigos culturales relacionados con el cuerpo. Habría en la cultura de los sectores populares -con referencia a sectores medios y altos- una menor capacidad de dirección y actuación sobre el propio cuerpo, que se acompaña con un fuerte escepticismo en torno a las posibilidades de poder actuar eficientemente sobre él, por ejemplo la capacidad de utilizar diferentes dispositivos sociales que actúan sobre el cuerpo controlando su aspecto y presentación pública (alimentación, gimnasia, vestimenta), o de incidir sobre la reproducción (uso de métodos anticonceptivos) y sobre la salud (utilización eficiente de los servicios médicos). Estos aspectos y otros están, sin duda, fuertemente condicionados por la situación económica: los ingresos y los medios materiales para poder acceder a consumos y servicios -y más aun en la presente situación de crisis- están muy limitados en los sectores populares. Así, es indudable que el acceso a los servicios de salud es más restringido, difícil y de menor calidad que en los sectores medios y que, por ejemplo, para mantener la silueta esbelta propiciada por la imposición mediática de los modelos corporales en boga, es preciso gastar más dinero que para sustentar la dieta altamente calórica que es habitual en las comidas de los sectores más pobres.

En los sectores medios el uso de métodos anticonceptivos suele ser precedido por visitas, desde temprana edad, a ginecólogos privados y tiene sin duda influencia, además, el acceso a los recursos económicos necesarios para poder adquirir sin problemas los anticonceptivos prescritos.

Entre los sectores populares, por circunstancias culturales que enraízan en la historia, estas razones de orden económico, sin duda de primordial importancia, vienen acompañadas con una actitud de escepticismo, inconstancia y fatalismo que se puede observar en el uso errático de los métodos anticonceptivos, lo que se inscribe en un contexto más general: el tratamiento relativamente displicente hacia el propio cuerpo, que lleva a resignar, por lo menos parcialmente, posibilidades de acción.

Ante la sexualidad de las hijas adolescentes, prevalecen en las familias de estos sectores, actitudes de vigilancia e intentos de control. Se repite una misma historia: vigilancia, restricciones hacia las salidas de la muchacha, moralina engarzada en códigos antiguos, embarazo precoz, conflicto familiar, resignación y acogida a madre y bebe en el hogar. A veces, esta secuencia se ve alterada por un intento de aborto, en condiciones muy precarias, por parte de la jovencita, lo que trae aparejadas, generalmente, consecuencias penosas.

Esta pasividad en los sectores populares -descreimiento en las posibilidades de las técnicas anticonceptivas, resignación ante una fatalidad (el embarazo) que emanaría de la naturaleza- contrasta con la mayor apertura en los sectores medios y altos para beneficiarse con los avances técnicos que inciden en sus posibilidades de acción sobre su cuerpo. Acaso porque también se han visto favorecidos con un mayor bienestar emanado de los progresos económicos, mientras que los sectores populares han sido, casi siempre, excluidos.

En los sectores medios de nuestra ciudad se han instalado, en las últimas décadas, códigos diferentes respecto de la sexualidad y la permisividad. Sea por haber cambiado y adoptado pautas menos restrictivas en lo que atañe a la sexualidad, sea porque han debido aceptar los cambios epocales -y también por proteger a sus hijos de los nuevos peligros vinculados con las relaciones sexuales (sida)- muchos padres han ido incorporando comportamientos más permisivos, llegando a permitir a sus hijos e hijas que tengan relaciones sexuales con sus novias o novios en el domicilio familiar¹. Las jóvenes de este sector reivindican el derecho a disponer de su propio cuerpo y a ejercer su sexualidad. Desde temprana edad, en algunos casos guiadas por sus madres que procuran protegerlas ante el riesgo

¹

de embarazo no deseado y de infecciones transmitidas por vía sexual, acuden al ginecólogo y reciben, además de cuidados relativos a su salud, el apoyo y la orientación que necesitan para el uso eficiente de los métodos anticonceptivos. La anticoncepción en estas circunstancias logra resultados mucho más eficientes. Se realiza con la aceptación familiar o, en todo caso, con el apoyo y la guía de un médico de confianza. Ocurre en un contexto cultural en el que la sexualidad ya no es tan prohibida y se comienza a poder hablar sobre ella y, sobre todo, en el marco de una cultura que expresa elevada confianza en las posibilidades de operar sobre el propio cuerpo, pudiendo obrar eficazmente sobre la dieta, la vestimenta, la salud, el aspecto físico. Esta confianza en poder manejar el cuerpo, es consistente con la confianza en poder dirigir la propia vida. Ante una joven de sectores medios -en menor medida con la crisis actual- se abre un abanico de posibilidades de acción sobre el mundo: se puede estudiar, elegir la carrera y eventualmente la profesión, pensar en viajar, conocer, abrirse hacia universos de saberes, consumos, realizaciones artísticas. En cambio en los sectores populares las mujeres no suelen disponer de esas alternativas: la maternidad se presenta como prácticamente la única vía de afirmación y realización personal.

Una muchacha de los sectores medios tiene, respecto de generaciones anteriores, una actitud más libre hacia lo sexual: en general mantiene relaciones sexuales desde edades bastante tempranas², se siente bastante segura porque usa con eficiencia los métodos anticonceptivos y confía en ellos, atiende a su salud y consulta regularmente a su ginecólogo. Y si, a pesar de tales precauciones y cuidados queda embarazada, tiene a su alcance económico y cultural -y es frecuente que se adopte ese camino- la posibilidad de recurrir a un aborto realizado en condiciones de higiene y tecnología avanzada, con un mínimo de peligro y daños para su salud.

En cambio, una joven de los sectores populares se encuentra en circunstancias muy diferentes. La sexualidad se practica pero no se acepta. En el discurso familiar de los sectores populares persiste una moralina (en desacuerdo con la época y sobre todo con los mensajes de los medios masivos a los que están expuestos) que tiene que ver con aspectos tradicionales de la cultura y con las relaciones de género en las que persevera cierto machismo. También inician relaciones sexuales desde muy jóvenes, pero en condiciones de prohibición familiar y de clandestinidad. En un medio carente de dinero, con un gran número de jóvenes que no estudia ni trabaja, las relaciones sexuales se producen en forma poco hablada, en sitios que no son siempre propicios, a escondidas, con incomodidad. Las más jóvenes no suelen protegerse ni tienen posibilidad de hacerlo. El uso de preservativos por parte de los varones es poco frecuente, por razones vinculadas al propio goce, por imprevisión o, simplemente, por desaprensión y egoísmo.

Muchas de ellas quedan embarazadas. Como consecuencia del embarazo se inicia una secuencia en el ámbito familiar, no por reiterada menos dramática: ocultamiento del embarazo, descubrimiento, reproches, conflicto (a veces violencia), aceptación, recibimiento cariñoso del bebé e incorporación al grupo familiar. Jóvenes madres, con uno o dos hijos y a veces más, no encuentran dificultades, más tarde, para formar pareja y constituir un nuevo hogar. Es habitual: los varones suelen aceptar, sin oponer inconvenientes, a muchachas jóvenes que aportan sus hijos al nuevo hogar.

4. Vanguardia

Los adolescentes ingresan a un mundo en cambio veloz, en el que ellos son agentes de transformación. A diferencia de los adultos no poseen la experiencia, las vivencias del pasado, la memoria de lo acontecido y vivido. Incorporan con facilidad los códigos del presente y su percepción,

vivencias y emociones están condicionados por rasgos de la cultura del momento en que les toca vivir. Se erigen así en vanguardia portadora de las transformaciones en los códigos de la cultura, niegan la historia, descreen de la experiencia, y ello dificulta el entendimiento y la comunicación con generaciones mayores: todo ello es trascendente, porque son ellos los que portan y producen las matrices de significación que construirán el futuro. El adolescente es vanguardia. Absorbe las bases profundas de los procesos de cambio de su tiempo y lugar y se siente insatisfecho e incomprendido por el mundo social en que le toca vivir. Lleva consigo los códigos profundos de los procesos de cambio y no puede menos que sentirse defraudado por la forma en que tales cambios han anclado en la cultura de sus mayores y en sus instituciones.

La incomodidad del adolescente con las generaciones mayores y con las instituciones dominadas por los adultos, lo llevan a buscar encuentros y sociabilidad con los de su propia edad. También a elegir modelos de identificación, muchas veces transgresores, que le sirven para distanciarse de todo aquello que experimenta como dispositivos limitadores que la sociedad genera. Sus reacciones ante el mundo adulto, al que aterrizan con sus nuevas fuerzas, son en algunos casos la rebeldía, pero en la mayoría de las ocasiones una amplia gama de modalidades de la resignación. La adaptación resignada es acompañada, con frecuencia, con la represión de las preguntas, deseos, promesas e ideales concebidos en los momentos en que la metamorfosis incitaba a las mayores rupturas y en los que iba descubriendo sus nuevas potencias.

5. *¿Cuando termina la adolescencia?*

Hay más acuerdos respecto de la etapa de la vida en que la adolescencia se inicia. Aunque con diferencias respecto al momento cronológico en que se sitúa el piso de esta etapa vital, el comienzo de la adolescencia suele ser referido al período en que se abandona la niñez y se inician grandes cambios corporales, que se acompañan, como lo hemos mencionado, por el despertar sexual, nuevas demandas familiares y sociales y cambios psicológicos. En cambio es mucho más difícil señalar el techo de esta etapa, que indica el período en que la adolescencia finaliza. Probablemente ello es así porque son muchos los procesos importantes de cambio que caracterizan a la adolescencia y estos procesos tienen ritmos temporales, intensidades y duraciones no coincidentes.

Se dice que la adolescencia finaliza cuando se inicia otra etapa, también imprecisa, en la que se inicia el carácter de "adulto". Podríamos inferir que el adulto es una persona que ha finalizado el período de bruscos cambios corporales, el lapso caracterizado por cambios hormonales, crecimiento del cuerpo, cambios en los rasgos faciales, inestabilidad emocional, identidad en cuestión. El adulto joven habría alcanzado un aspecto exterior más estable, y esos rasgos que contribuyen a su reconocimiento externo, se supone acompañado por una mayor estabilidad emocional, un lugar más claro en la familia y en la sociedad.

Desde luego que así definida la condición de adulto pone también de manifiesto un alto grado de incertidumbre. Por una parte es notorio que, sobre todo los aspectos vinculados con lo social, dependen de la época, la cultura y el lugar ocupado en la estratificación social. En los sectores medios y altos se ha postergado el período destinado a educación e instrucción y de inserción en el ámbito laboral. También se ha vuelto más tardío el momento en que se inicia un nuevo grupo familiar, marcado sobre todo por comenzar a tener hijos, aspecto en el que existen diferencias evidentes con respecto a los sectores que hemos llamado populares.

En este comienzo de siglo, caracterizado por extraordinarios cambios políticos, tecnológicos y sociales, el tema de la inserción laboral ha entrado en cuestión. Más aun en nuestro país, que atraviesa una grave crisis y es asolado por una enorme tasa de desempleo. Cabría preguntarse si las definiciones implícitas o explícitas de la condición de adulto, y con ellas del fin de ese período de inestabilidad que

llamamos adolescencia, no entran en crisis, no se han vuelto anacrónicas, cuando apreciamos que se ha instalado la inseguridad en el empleo, que gran cantidad de personas jóvenes no tienen asegurado empleo alguno, que la inserción social, aun en los países más ricos, ha comenzado a modificar sus ejes. La identidad frágil de la adolescencia ¿no tiene tal vez analogías con las incertidumbres laborales, familiares e identitarias de una gran cantidad de personas consideradas adultas, que no hallan hoy los factores de estabilidad que en el pasado regulaban su existencia?

Y, por otra parte. Si la adolescencia es un período de descubrimientos, de angustias, pero también de grandes preguntas, ¿podría afirmarse que estas preguntas han hallado respuesta satisfactoria al superar la adolescencia e ingresar en otra etapa de la vida? O simplemente, en la mayor parte de los casos, se han suprimido, olvidado, resignado. Al reducirse las angustias e inquietudes de la adolescencia y entrar en un período corporal y social más estable, las preguntas existenciales se olvidan. ¿No sería más certero postular que es frecuente en la sociedad actual que la adolescencia se reprima pero no se supere?

Bibliografía

BOURDIEU, Pierre, "Notas provisionales sobre la percepción social del cuerpo" en VVAA, *Materiales de Sociología Crítica*, Madrid, La Piqueta, 1998.

ERIKSON, Erik, *Sociedad y adolescencia*, Siglo XXI, México DF, 1987.

FERNÁNDEZ, Ana María, *La mujer de la ilusión*, Buenos Aires, Paidós, 1993.

GIDDENS, Anthony, *La transformación de la identidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*, Madrid, Cátedra, 1992.

GOFFMAN, Erwin, *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Buenos Aires, Amorrortu, 1987.

MAFFESOLI, Michel, *El tiempo de las tribus. El declive del individualismo en las sociedades de masas*, Barcelona, Icaria, 1990.

PANTELIDES, E., Gelstein, R., e INFESTA DOMÍNGUEZ, G., *Imágenes de género y conducta reproductiva en la adolescencia*, Cuaderno N° 5, Buenos Aires, CENEP, 1995.

TENTI FANFANI, Emilio (comp.), *Una escuela para adolescentes*, Buenos Aires, UNESCO / Gobierno de Santa Fé / UNICEF, 1999.